

Album Salón



Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II

BARCELONA, 16 DE ABRIL DE 1898

NÚM. 16

Director - Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor - jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gáspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Ka abal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

UN CUARTO DE VINO, por XAUDARÓ.



— ¡Eche V. un cuarto é vino!
— Qué tal corría maestro?
— Mú güena; er primer burel, berrendo en negro. ¡Venga er cuarto é vino!



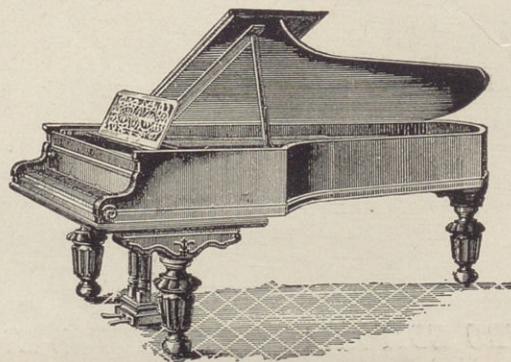
— Er segundo, colorao, con unos pieses y una intinción que, vamos... que era un bicho é cudio!

ESTELA & BERNAREGGI

Sala de Conciertos ∞ Cortes, 275 ∞ BARCELONA

PIANOS Y HARMONIUMS

ALQUILER ∞ CAMBIO ∞ VENTA A PLAZOS



MOSAICOS HIDRAULICOS

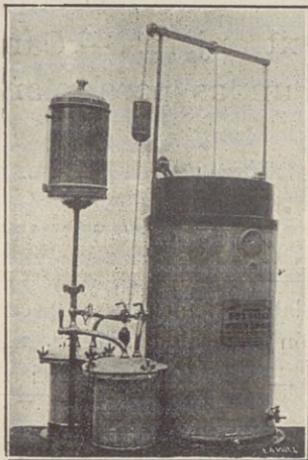
DE
ORSOLA, SOLÁ Y COMPAÑIA

Superiores en BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMIA á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de BARCELONA 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.

Despacho. 2, Plaza de la Universidad, 2º Barcelona.

LUZ SOLAR



CON EL GAS ACETILENO
APARATO AUTOMATICO
CON PATENTE DE INVENCIÓN N.º 18379
Primera en España.

E. CLAUSOLLES

Instalaciones de Alumbrado en poblaciones, fábricas, cafés, teatros, etcétera, etcétera, mecheros especiales.

EXISTENCIAS CONSTANTES
DE CARBURO DE CALCIO

282, Cortes (Gran-Via), 282
Teléfono, n.º 648.

BARCELONA



FOTOGRAFIAS ANIMADAS

(Cinematógrafo en la mano).

COLECCION ESPAÑOLA
La mejor de todas las conocidas.

VAN PUBLICADAS

- N.º 1 Baile Fantástico.
- N.º 2 Danza Serpentina
- N.º 3 Asalto de Armas.
- N.º 4 Baile Francés.
- N.º 5 Duelo de Damas.
- N.º 6 El Gimnasta.
- N.º 7 Los Pilluelos.
- N.º 8 El Barbero.
- N.º 9 La Jota Aragonesa.

En prensa: La Menegilda.
La Pulga Marte y las Bravias, ¡Olé! ¡Viva España!
El Beso.

PRECIO DE CADA BLOCK: DOS REALES

DE VENTA en Librerías, Papelerías, Kioscos y tiendas de juguetes,
y al por mayor, BENJAMIN MIRALLES

BAILÉN, 17 BARCELONA

UN CUARTO DE VINO, por XAUDARÓ.



— Er tercero jabonero... ¡mú blando en er primer tercio! A su saludilla... y hasta otro.

— ¡Eh! amigo ¡y el cuarto?
— Er cuarto... era negro, retinto y mogón; ¡no valía la pena!

VINO DE OSTRAS

Del Dr. Sastre y Marqués.

Los más eminentes médicos de España, lo recomiendan á sus enfermos y convalescientes para la curación de las enfermedades nerviosas, anemia y debilidad general. Depósito en Madrid: Vda. Somolinos, Infantas, 26; en Zaragoza, farmacia Rios hermanos; en casa del autor, Hospital, 109, Barcelona, y en todas las farmacias bien surtidas.

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.^A
EDITORES DE MÚSICA
1 y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 y 3 BARCELONA

Música de todos géneros y países. — Pianos, Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta y banda. ❖ Representación y depósito de las principales casas extranjeras. ❖ Contratas especiales. — Compras directas. ❖ Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena. ❖ Precios, los más económicos, y existencias, las más importantes de la Península. ❖ Catálogos gratis. — Expediciones diarias.

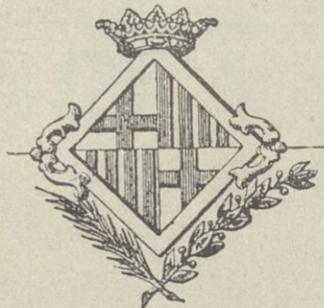
HISTORIA
del
GENERAL

D. JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale

UN REAL

á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.



MARCA JARABES

FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA

Fábrica de Jarabes Superfinos.

Especialidad en la
Horchata triple de Almendras, y
Jarabes frutales, tónico
refrescantes.

Fábrica de Licores Superfinos

Elaboración especial
de los licores CIDRÉLICA
ANISETTE y CURAÇAO
Superiores á sus similares.



LICORES

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS



FABRICA DE PIANOS

DE

COROMINAS Y RIERA

Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. — Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. — Fundas para piano, zócalos metrónomos, cubre teclados, etc.

CATALOGOS GRATIS • PRINCESA, 45, BARCELONA

EL PRIMOR FEMENIL

12 cuadernos anuales
de abecedarios.

DIRECTOR: DON ANTONIO RIUDOR

12 cuadernos anuales
de labores varias.

Publicación consagrada á las bellas labores femeniles y especialmente al bordado, al encaje y á la educación estética de la mujer.

CUATRO GRANDES PLIEGOS ANUALES EXTRAORDINARIOS PARA LAS EDICIONES DE LUJO É ILUMINADA

PRECIOS PARA ESPAÑA, GIBRALTAR:
Edición económica, un año. 7 pesetas.
— de lujo, — — — — — 10 " "
— iluminada, — — — — — 25 " "

PRECIOS PARA AMÉRICA Y RESTO DE EUROPA:
Edición económica, un año. 40 reales.
— de lujo, — — — — — 52 " "
— iluminada, — — — — — 120 " "

REGALO de Patrones tamaño natural para la Confección de Modas y lencería. — Administración: VIUDA DE PEDRO FONT, calle de Valencia, 507, Barcelona.

OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS
de
REDUCCIÓN DE MARIENBAD

Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
por Miguel de Cervantes Saavedra.

Se reparte por cuadernos de 16 páginas, al precio de un real. — Centro Editorial Artístico de MIGUEL SEGUI, Rambla de Cataluña, 151. — Barcelona.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL !

ó POLVOS del DR. KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago e intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2, Barcelona, Rambla Flores, 4. Pidanse FOLLETOS

JABON DE BABA DE TORO

¡ Prodigioso y valioso descubrimiento !
Destruye las manchas y barros. ✦ Hermosea y suaviza el cutis. ✦ Gran Vigorizador de los Organos. ✦ Probado y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ✦ Representante en España,

D. EMILIO MARTINEZ
CALLE DE ARAGON, NUMERO 345, BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

¡¡ PROBADLO !!
¡¡ PROBADLO !!
¡¡ PROBADLO !!



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORTE AMERICANO
SE REMITEN CATALOGOS



Antes de usarlo.

Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

Aplicación sencilla. ✦ Resultados positivos.

Precio: 3 PESETAS CAJA
Unico depósito: Perfumería LAFONT

Call, 30. BARCELONA



Después de usado.

WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS

y al
CONTADO



CONTADO

y al

VENTA A PLAZOS

BICICLETAS GARANTIDAS

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVIÑO, 9 • BARCELONA

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



ELENA TEODORINI

Eminente *prima donna* muy aplaudida en la última temporada de invierno.

LA MADRE DE JUAN ANTONIO

No voy á referir un cuento más ó menos interesante ni á inventar una fábula más ó menos ingeniosa; voy, sencillamente, á presentar ordenados algunos recuerdos que guardo relativos á hechos ocurridos hace mucho tiempo, y relacionados después con otros hechos recientes, merced á ese misterioso enlace que une á veces los sucesos más distintos, haciéndolos depender unos de otros y dejándonos vislumbrar una armonía superior, no sujeta á un orden ó á una lógica aseguibles á nuestra limitada esfera.

Los hechos á que mis recuerdos se refieren son absolutamente reales, y poco trabajo había de costarme encontrar testimonios de la certeza de su realidad, si mi palabra no bastase para responder de ella.

Era yo muy niño cuando ocurrieron algunos de los sucesos que voy á referir, y sin embargo, y quizá por esta misma razón, los recuerdo con esa fidelidad pasmosa con que recordamos toda la vida algunos de los sucesos de nuestra infancia.

Mi madre me condenaba todas las mañanas al para mí cruel suplicio de acompañarla á misa. ¡Que larga y que fastidiosa me parecía aquella hora, de quietud y compostura forzadas, que pasábamos en la iglesia! En vano mi imaginación infantil buscaba distracciones con que entretener mi aburrimiento. El vetusto templo, de una grandiosidad majestuosa—que yo entonces no podía apreciar—me era conocido hasta en sus menores detalles; había contado infinidad de veces el número de cirios que había en el retablo del altar mayor, y las inmóviles caras de los santos, que desde sus hornacinas me miraban ceñudos y severos, enfadados tal vez por mi mal disimulada irreverencia, me eran ya demasiado familiares para poder inspirarme, no digo curiosidad, sino ni siquiera respeto.

Después de oír misa, comenzaba mi madre la visita á sus santos predilectos, visita que duraba muy bien cerca de media hora y que concluía siempre en el altar de la Virgen de los Dolores. Allí la visita era más larga y mi impaciencia mayor, por lo mismo que desde allí nos íbamos directamente á la calle.

Arrodillada ante aquel altar, había siempre una pobre mujer, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en el dolorido rostro de la divina Madre del Salvador. Aun me parece que la estoy viendo: era una anciana pequeñita, enjuta de carnes, vestida de negro, con ropas más que humildes, miserables. Tal era su inmovilidad, que parecía una estatua. Jamás volvía la ca-

beza ni hacía movimiento alguno, aunque nosotros nos acercáramos. Por aquella inmovilidad comenzó á interesarme, con el interés relativo que puede sentir un chicuelo de diez ú once años; yo, que á duras penas podía estar quieto de rodillas mientras alzaban en la misa — y eso por temor á las maternales reprimendas — no alcanzaba á comprender que hubiera quien por su voluntad estuviese arrodillado é inmóvil durante tanto tiempo; hasta llegué á tener lástima á aquella pobre mujer, pensando en lo que debían dolerle las rodillas.

No he podido recordar nunca cuál fué el día primero en que vi allí á la mujer aquella; creo que la vi siempre que fuí á la iglesia, desde que tuve razón suficiente para darme cuenta de lo que veía, siempre la vi en el mismo sitio, siempre en la misma actitud y siempre inmóvil.

Una mañana, tentado por la curiosidad, me acerqué á la pobre mujer más que de costumbre, yo creo que con la intención de tocarla para cerciorarme de que era una persona de carne y hueso y no un maniquí, puesto allí en aquella humilde actitud, para indicar á los niños irreverentes y revoltosos, como yo, la compostura con que se debe estar en el templo. No la llegué á tocar, pero me acerqué tanto á ella que, abandonando su inmovilidad, volvió la cabeza para mirarme. Fué la única vez que vi su cara frente á frente, y sin embargo, tan grabadas quedaron en mí sus facciones, que á pesar del tiempo transcurrido, si supiera pintar, creo que todavía hoy me atrevería á hacer su retrato. Vi una faz lívida, triste, tan triste como el rostro de la imagen de la Virgen de los Dolores que, encima del altar, destacábase sobre el fondo dorado del churriguesco retablo, á la incierta luz de dos amarillentos cirios; pero lo que más me llamó la atención y hasta me impresionó, fué el ver que aquella mujer lloraba; para mirarme con amarga tristeza, como reconviniéndome por haberla molestado, su mirada tuvo que deslizarse por entre la niebla de lágrimas que velaba las pupilas de sus ojos, pequeños y hundidos...

Cuando salimos aquel día de la Iglesia, comuniqué á mi madre lo que había hecho y lo que había observado, y ella, después de reprenderme por mi atrevimiento, me dijo: — no te extrañe lo que has visto; esa pobre mujer llora siempre que reza delante de la Virgen.

— ¿Y por qué reza y llora tanto? — pregunté yo.

— Porque pide por su hijo.

— ¿Y quién es su hijo?

Mi madre vaciló en responderme.

— No le conoces, — me contestó, al fin, dando á su entender en el tono de su respuesta, que la contrariaban mis preguntas.

Yo lo comprendí así y me abstuve de seguir preguntando; pero desde aquel momento sentí curiosidad por saber quien era el hijo de la mujer aquella que tanto rezaba y tantas lágrimas vertía ante el altar de la Virgen de los Dolores.

No sé si antes ó después de los sucesos que quedan narrados, — me inclino á creer que antes — ocurrió otro que también produjo en mí una impresión profunda y que luego se enlazó á ellos con una de esas misteriosas relaciones que, según dije al principio, enlazan á veces los acontecimientos más diferentes.

Salía yo una tarde de la escuela, en compañía de algunos de mis camaradas, cuando acertó á pasar por delante de nosotros un hombre á caballo. El caballo, y no el hombre, llamó mi atención, pues, como en casi todos los chicuelos de mi edad, las aficiones hípias estaban en mí muy desarrolladas; pero separé mi atención del uno para fijarla en el otro, al oír que mis amigos decían: — « ¡Ese es Juan Antonio! »

Para comprender todo el efecto que en mí produjo este nombre, precisa saber quien era el sujeto al cual pertenecía.

Juan Antonio era ni más ni menos que un bandido, así como suena, uno de aquellos famosos bandidos andaluces, convertidos en héroes por la imaginación meridional de mis paisanos, y en cuyas crueldades se empeñan en ver alardes de un valor extraordinario y hasta un si es no es caballeresco.

Hijo de mi pueblo, Juan Antonio buscaba en él refugio siempre que era perseguido, y á él se retiraba algunas temporadas, para descansar de sus peligrosas correrías. Seguro estaba de que sus paisanos no habían de rechazarle ni mucho menos venderle, sino antes bien recibirle con agasajo y hasta protegerle en cualquier apuro.

Esto parecerá extraordinario á muchos y, sin embargo, es rigurosamente cierto. En tiempos del bandolerismo, los bandoleros más famosos encontraban protección y apoyo hasta en las autoridades de la mayoría de las pequeñas poblaciones andaluzas. ¡Cuántas veces el alcalde de un pueblo avisó á algún ladrón que tenía orden de prenderle! Hasta hubo alcalde que escondió á los ladrones en su propia casa. Hecha esta advertencia, se comprenderá que Juan Antonio se paseara á caballo, en pleno día, por las calles de su pueblo, sin temor ni reparo alguno.

Yo no había visto nunca á mi famoso y temible paisano, pero había oído referir infinidad de veces sus hazañas... y hasta confieso que mi imaginación infantil había llegado á entusiasmarse con ellas. Cuando en las noches de invierno, mis padres me dejaban bajar un rato á la cocina de los criados, para que éstos me contaran cuentos, yo les pedía siempre que me refirieran historias de ladrones, y en las tales historias que ellos me referían con un lenguaje exageradamente pintoresco, Juan Antonio era el protagonista obligado, protagonista que aparecía á mis ojos casi con la grandiosidad de un héroe legendario. He aquí por qué, cuando oí decir á mis amigos que aquel hombre que pasaba á caballo, era el bandolero famoso, dejé de mirar al caballo para mirar al jinete, y aun que pasó muy aprisa pude verle bien



la cara. Recuerdo que era joven, guapo, de arrogante apostura, de rostro moreno, que parecía más moreno aun, por las negras y pobladas patillas que lo sombreaban...

No volví á ver á Juan Antonio en mucho tiempo, hasta que una mañana, al salir con mi madre de la Iglesia, pasó por delante de nosotros. Le reconocí en seguida, y mi madre al verle, se inclinó hacia mi y me dijo en voz baja: — ese es el hijo de la mujer que tanto reza y llora arrodillada ante el altar de la Virgen de los Dolores.

Yo no tenía aún razón suficiente para discernir en cierta clase de asuntos, y sin embargo, recuerdo que estas palabras de mi madre me parecieron una monstruosidad, un absurdo. ¡Pedir á la Virgen que protegiera á un ladrón! Porque lo que aquella pobre madre pediría á la Madre divina del Redentor, al pedirle por su hijo, sería que le protegiera, que le salvara de los peligros á que de continuo se veía expuesto; hasta me pareció que la Virgen no podía escuchar semejantes súplicas, porque de escucharlas equivalía, á dispensar su protección al crimen, al robo...

Pronto pude convencerme de que no todos pensaban como yo. Hablando del caso con algunas personas, alguien me dijo, muy en serio, que Juan Antonio había tenido hasta entonces mucha suerte para escapar á las persecuciones de la Guardia civil, gracias á las súplicas que su madre dirigía constantemente á la Virgen. A mí, sin embargo, siguió pareciéndome un contrasentido aquello de que la Virgen de los Dolores fuera la protectora de un bandolero.

Salí de mi pueblo, para emprender en serio mis estudios, y azares de la vida me retuvieron lejos de él, durante muchos años. Me hice hombre y el tiempo fué borrando poco á poco la mayor parte de los recuerdos de mi infancia, dejando sólo de ellos, en el clisé de mi memoria, sombras vagas y confusas, entre las que únicamente se destacaban con claridad, las imágenes de los sucesos que en mi niñez más me habían impresionado. De Juan Antonio y de su madre no me volví á acordar, y en el cementerio del olvido hubiera quedado para siempre su recuerdo, si de él no hubieran venido á sacarlo algunos hechos recientes.

Asuntos de familia me llevaron hace pocos meses á aquel rincón de España, donde vi la luz por vez primera; y queriendo renovar los recuerdos de mi niñez, una mañana, á la hora de misa, me encaminé á la Iglesia. Por primera vez iba á entrar espontáneamente en aquel templo, en el que había entrado tantas veces obligado por mi madre. Mi deseo hubiera sido ir solo; pero tuve que resignarme á soportar la compañía de algunos amigos y parientes, que no me abandonaban un instante, empeñados, con oficiosidad enfadosa, en servirme de *cicerones* en lugares para mi tan conocidos como para ellos.

Hasta aquel día no aprecié la majestuosa grandiosidad de aquella Iglesia, en la que se encerraban verdaderas preciosidades, dignas de admiración y de estudio. Pero, cosa rara: yo, que llevado por mis aficiones artísticas, hasta me siento capaz de hacer un largo viaje, con el exclusivo objeto de admirar una obra de arte, permanecí aquella mañana indiferente ante las bellezas que ofrecía á mis ojos la Iglesia de mi pueblo. Y era que yo no había entrado en ella buscando arte,

sino recuerdos; y éstos los encontraba en donde quiera que ponía mis ojos, y la emoción que en mí producían, sobreponíase á la que pudieran causarme las bellezas artísticas del majestuoso templo.

Satisface caprichos verdaderamente pueriles; me senté en el mismo banco donde tantas veces me había sentado con mi madre y me arrodillé en el mismo sitio donde ella se arrodillaba... A las santas las visité una por una, y hasta me pareció que ellas se sonreían bondadosamente, como diciéndome: «¿has sentado ya la cabeza ó sigues siendo tan revoltoso como antes?»

Fuí á parar, al fin, ante el altar de la Virgen de los Dolores. Todo estaba lo mismo: «sobre el fondo derecho del churrigueresco retablo, á la incierta luz de dos amarillentos cirios, destacábase», como siempre, «el dolorido rostro de la divina Madre del Salvador...»

Por primera vez, al cabo de mucho tiempo, acudió á mi memoria el recuerdo de la madre de Juan Antonio, de la pobre mujer aquella, que habían visto allí tantas veces arrodillada, rezando y llorando, al par que rezaba... Fué un desencanto para mí no verla en el sitio de costumbre; su presencia me era necesaria para reconstruir aquella parte de los recuerdos de mi infancia...

Me volví hacia mis acompañantes y les pregunté por ella. Me respondieron lo que yo esperaba, que había muerto; y me dieron algunos curiosos detalles de su muerte. Había muerto, casi en la misma Iglesia, á los pies de la Virgen: un día la encontraron tendida en el suelo, delante del altar; lleváronla á su casa... y murió por el camino.

— ¿Y Juan Antonio? — pregunté.

Me contestaron lo mismo; que también había muerto, pero en circunstancias especiales. Murió el mismo día que su madre, horas después. La Guardia civil, que hasta entonces le había perseguido inútilmente, le encontró; él quiso huir, dispararon para impedirlo y le mataron... Murió sin saber que su madre había muerto.

— La cosa era de esperar, — dijo, con tono de sincera convicción, el que estas noticias me daba. — Juan Antonio había escapado hasta entonces á todos los peligros, por las súplicas que su pobre madre dirigía constantemente á la Virgen de los Dolores. Todos en el pueblo lo dijimos al saber la muerte de la madre: «ahora cogerán al hijo». Y así fué; no sólo le cogieron, sino que le mataron; y el mismo día en que murió su madre, casi á la misma hora...

Me impresionaron y me hicieron pensar mucho estas palabras; los hechos parecían demostrar lo que á mí en mi niñez me pareció un absurdo, aquella protección dispensada por la Virgen de los Dolores á un bandido y conseguida por las súplicas y las lágrimas de una madre. ¿Se trataba de un milagro? ¿Se reducía todo á una casualidad? ¿Existía alguna relación entre la muerte de la madre y la del hijo? ¿Qué explicación dar á tantas y tan misteriosas coincidencias?

El caso me pareció interesante y curioso, y por eso lo consigno, absteniéndome de añadirle comentario alguno, por temor de caer en la impiedad ó en el fanatismo, dos extremos igualmente temibles y de los cuales procuro siempre apartarme con igual empeño.

A. CONTRERAS



¡VIVA SEVILLA!

(CANCIÓN)

Sevilla la bella,
paraíso, estrella,
pensil rico en flor;
quien de ti se aleja,
el alma en ti deja
rendida de amor.

La Giralda hermosa,
tu vega olorosa,
bañada de luz
forman la alegría,
el gozo y poesía
del pueblo andaluz.

¡Qué hermosas mujeres!
más hermosos seres
nadie concibió;
la luz de sus ojos
que da al sol enojos,
el sol la creó.

Tus patios con flores
son nidos de amores,
donde el colorín,
con voz regalada,
suelta en la enramada
ternezas sin fin.

¡La Torre del Oro,
el alcázar moro,
tus danzas sin par,
tu lujo, tus fiestas,
tus toros y apuestas
quien podrá olvidar?

Quien haya soñado
edén encantado
do es grato el vivir,
do la dicha impera,...
venga á la ribera
del Guadalquivir.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



MARIPOSA SIN ALAS



LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

HACE pocos años, en Octubre del 94, en un solo día y casi á la misma hora, salían del puerto de la Coruña tres vapores literalmente abarrotados de emigrantes, con destino á la América del Sur.

Aquel espectáculo entristeció el ánimo de los que le presenciaron, la impresión del momento dió paso luego al comentario amargo y el eco de aquel sentimiento y de la protesta aquella repercutió en las esferas elevadas del pensamiento que sabe indagar causas, deducir efectos y plantear soluciones de interés colectivo.

Intérprete del público parecer fué á la sazón el ya entonces ex ministro de la Guerra, general Sánchez Bregua, cuya pluma, digna, por lo valiente, de su espada, excitó al gobierno desde las columnas de «El Liberal» en el sentido de que se estudiasen y pusiesen en práctica los medios tendentes á refrenar la emigración á las playas americanas que á diario aumentaba en toda España, y muy singularmente en la región gallega.

No por estéril dejó de ser acreedora de todo encomio semejante propaganda, encaminada á filantrópicos resultados é inspirada en generosas intenciones.

Durante los no cortos años de su residencia en las repúblicas rioplatenses pudo observar el autor de estas líneas, la ineficacia de cuantos óbices y trabas se opongan á la corriente emigratoria europea; fenómeno, si lo es, que se explica perfectamente.

La nación argentina, con sus catorce provincias, la principal de las cuales, Buenos Aires, abarca una extensión territorial equivalente á la de Italia, las unas exuberantes de riqueza pecuaria, y fértiles en agricultura las otras; dotada, en lo físico, de clima generalmente benigno y cielo siempre sereno; regida en lo político por amplísima carta fundamental, y en lo sociológico por novísimos principios dentro de los cuales se completan, combinan y asocian los usos más varios con las costumbres más heterogéneas, costumbres y usos que presto y fácilmente se asimila el europeo, ... la argentina, así constituida y á favor de los elementos que le son connaturales, brinda á todos los hombres de buena voluntad un bienestar posible y abre á la esperanza anchos horizontes de un porvenir relativamente brillante, más ó menos difícil, pero frecuentemente seguro.

He aquí, de un lado, la causa eficiente de la atracción que ejerce el Nuevo Mundo en los que abandonan el suelo patrio, ora á impulsos de necesidades perentorias, abrumadoras, ora movidos por el acicate de aspiraciones moderadas ó ambiciones desmedidas. Existen móviles de otro orden y fuerza también imperiosa; mas, séanos permitido silenciarlos, en atención á lo muy resbaladiza que de suyo es la materia y á los propósitos *á priori* formados de no separarnos demasiado de nuestro verdadero objeto.

Véase, pues, cuántas y cuán enormes dificultades trae consigo aparejadas el empeño de paralizar ó siquiera moderar ese movimiento de emigración tan combatido y á la par tan lógico.

Ciertamente, lógico; porque podrá no haber, en el hecho de expatriarse temporal y voluntariamente, apego al terruño que simboliza el concepto abstracto y á la vez sagrado de la patria; acaso podrá ser engañador síntoma de indiferencia el renunciar, Dios sabe debido á qué, al calor de la familia y á los encantos del hogar, pero cosa imposible sería demostrar que carece de alto sentido el hombre que así procede para substraerse á insufribles privaciones ó para despejar la incógnita que presenta el problema del mañana.

Y para dar cima á estas reflexiones, si pertinentes, no bien expuestas, añadamos un dato elocuente, si los hay.

A pesar de las precauciones que se toman en los puertos españoles, redobladas por lo anormal de las presentes circunstancias, y á pesar de no ser los momentos actuales bastante propicios para medrar en la América latina, motivado á diferentes contratiempos que aquellos países vienen experimentando, quien esto escribe ha tenido ocasión, pocos meses ha, de ver en las calles y plazas *bonaerenses* á un número incalculable de esos jóvenes que, burlando vigilancias y desafiando las contingencias del caso, embárcanse, cruzan los mares y *caen*, por decirlo así, con sorpresa en los ojos y sin norte en la mente, en la capital de la república, no tanto por conquistar hipotéticas ventajas, como para eludir peligros ciertos, muy gloriosos, á no dudar, pero compañeros de una gloria hartamente anónima para ser solicitados.

¿Que por dónde andan, pregunta el lector, los tres paquetes á vapor que en Octubre de 1894 levaron anclas simultáneamente del puerto de la Coruña, materialmente cargados de emigrantes á la América del Sur?...

A eso íbamos, á concretar explicaciones, volviendo al punto de partida, para decir que en uno de los referidos trasatlánticos realizó la travesía hasta el río de la Plata cierto sujeto de quien conservamos agradable recuerdo, por habernos deparado su presencia en Buenos Aires ocasión nunca por nosotros soñada ni deseada de constituirmos en lo que convencionalmente llaman *cicerone*, esto es, máquina semoviente puesta al servicio del extranjero cuyo criterio se ilustra mediante resobadas explicaciones de las curiosidades locales más notables, con lo cual se da frecuentemente el caso inaudito de enseñar al prójimo lo que no sabe uno para sí.

Confesemos, sin embargo, que en el de marras, nuestro papel no se limitó al humilde y automático de acompañante, por cuanto desempeñamos también acerca del recién llegado las funciones propias de cualquier almanaque ó guía regularmente nutrido de datos estadísticos.

Que esto era lo que en primer término interesaba á *mi* recomendado y compatriota, con cuyo doble carácter recibí su visita, pocas horas después que hubo saltado á tierra.

Y á partir de aquí, hay que dejar el hinchado plural *nos*, para montar resueltamente, como en un caballete á horcajadas, sobre el singular *yo*, por requerirlo así la índole de lo que sigue.

Solicita usted de mí, dije, algunas informaciones de los recursos y modo de ser en general de este país. Carezco del don de la observación. y, por lo tanto, exigua es la suma, de pormenores interesantes que tengo acumulados; mas, penetrado de la causa legítima de su empeño en conocerlos, me pongo incondicionalmente á su disposición.

En esto que con énfasis llamaré lecciones, seré breve y sintético, dentro de los límites razonables, y, por demás, pobre de adornos y artificios literarios; que en asuntos de este jaez huelgan retóricas, y si por distracción se emplean, debe ser las menos veces posible.

Aunque nada sufriría la integridad de aquellas, las lecciones, se me antoja iniciarlas recordando lo que es fama constituía el rasgo más típico de cierto ministro plenipotenciario que representaba á la monarquía española en la república de allende el Plata, el Uruguay, denominada también, Banda Oriental, el cual aludido diplomático tenía una costumbre ridícula y de consuno reveladora en él de no escasa filosofía, como á renglón seguido podrá usted apreciarlo.

Víctima de una miopía rayana en la ceguera, cuando recibía la visita de súbditos españoles á él recomendados y recién llegados á Montevideo, lo que menudeaba y se comprende á las claras por la influencia de su posición social, nuestro hombre, digo, el representante de la colonia hispánica en la margen izquierda del inmenso estuario, planteaba la cuestión formulando esta pregunta:

«¿Lleva usted levita y sombrero, ó es usted individuo de agallas para situarse en una esquina y tomar las cuerdas de *changador*?...» Lo de *changador* es simplemente una palabra criolla, que ya habrá usted adivinado equivale á mozo de cordel.

La ocurrencia es peregrina, y aun ridícula, puesta en labios de un diplomático, ¿verdad?

Pues, ambos conceptos quedan desvanecidos, en sabiendo como resolvía el ministro la cuestión:

«¿Que sí, dice usted; que calza guantes, empuña bastón y se abrocha levita ó chaquet?... Sí, ¿eh?... En este caso, lie usted sus petates, si los había desliado ya, y, sin perder un día más, emprenda viaje de regreso á aquel nuestro país, que el de América no es para usted ni usted es para el de América.

Hoy día los tiempos han cambiado; no hay que tomar al pie de la letra la moraleja que se desprende de esto que no es fábula por la sencilla razón de ser rigurosamente histórico; el abogado y el médico, el periodista y el pedagogo, el hombre de negocios lo mismo que el hijo del trabajo mecánico, humilde y rudo, todos, en globo, tienen cabida en esta nación de sesenta y tantas mil leguas territoriales, dotada de las energías propias de su mucha vitalidad, y estimulada por los recursos que posee y la colocan á la cabeza de los demás países suramericanos, sin excluir el antiguo imperio brasileño, actualmente E. U. del Brasil, que tienen doble extensión y unos trece millones de habitantes, ó sea ocho millones más que la Argentina, aproximadamente.

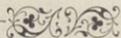
De todos modos, no eche usted en olvido el proceder de nuestro representante en el Uruguay, ni deje de considerar que en el fondo se oculta una saludable advertencia autorizada por la experiencia de todos los días; y la experiencia dice que, innegablemente, en América cuaja y progresa más, mucho más, el hombre que sabe y quiere descender á ocupaciones esencialmente materiales, que no el artista, el literato, el científico, el hombre intelectual, en fin. Tampoco hay que tomar eso en absoluto. El tiempo le demostrará que el elemento extranjero contribuye en proporción no pequeña al progreso moral de estas sociedades. En una palabra; no insisto sobre este tópico, porque considero que usted sabrá precisar el alcance de las más.

¿Que cuál es su pasado y su presente? ¿Cuál su porvenir y su riqueza? ¿Cuáles sus grados de ilustración?

Pláceme su curiosidad apremiante, nacida de un interés que ha de serle muy útil; y digo que me place, porque veo en ello que mis explicaciones reportarán algún provecho, lo cual no deja de ser una recompensa que estimo.

Ahora en el supuesto de que no le ocasiono la menor contrariedad, propongo suspender esta conversación, que reanudaremos á nuestra próxima entrevista... ¿Estamos?... Pues, objeto del siguiente palique será la contestación á sus preguntas, ó parte de ellas, en el orden que mi imaginación me vaya sugiriendo.

ANTONIO ASTORT



RIMAS

JESUS

La humanidad, falta de amor, perdida,
del egoísmo y de la duda esclava,
la carcajada del feliz mezclaba
con los ayes del paria de la vida.
Dejar queriendo mi misión cumplida,
sin miedo al odio y á su furia brava,
curé al enfermo, consolé al que oraba,
di apoyo al alma por el mal rendida.
Dije á los hombres, un eterno oriente
dando á su impulso bienhechor y honrado:
« donde suspira el triste ó indigente,
» donde está el ignorante ó calumniado,
» haced manar de *caridad* la fuente
» y en ella lavaré vuestro pecado.»

F. TOMAS y ESTRUCH

¡MALDITAS... NO!

Salí más que vencido del combate
y exánime y sin fuerzas;
lloré, como se llora cuando el alma

sin esperanza ante el dolor se entrega.
— ¡Pero, si es imposible! — me decía: —
que el corazón cobarde desfallezca
sin rebelarse, al menos,
contra el horrible mal que le atormenta. —
Y otra vez en mis nervios estallaban
sacudidas eléctricas,
y nuevamente, en abrasantes olas,
la sangre atropellábase en mis venas,
como hirviendo despojo del cerebro
en la ruda batalla de la idea.
Casi loco, grité; sobre mi pecho
clavé las uñas, con furor de hiena,
tratando de arrancar de allí el secreto
de la horrible venganza que deleita:
mas, comparando su espantosa culpa
con la extensión de mi desdicha inmensa,
para dar un castigo á tal delito
que apagara mi fiebre y mi vergüenza,
me parecieron pocos y mezquinos
los más grandes martirios de la tierra.
— ¡Malditas, sí, mil veces las mujeres!
¡maldita la primera!... —

dije, ahogándome en lágrimas; y al punto,
como si esta satánica blasfemia
despertase en mi sér algo imponente,
temblé desde los pies á la cabeza;
pensé en mi madre y añadí, contrito,
besando su retrato que hallé cerca:
— ¡Malditas no! ¡Perdón madre del alma!
tú eres mujer... y tú, ¡bendita seas! —

J. DE ALCANTARA FUENTES

¿SUEÑO O REALIDAD?

Hay instantes, mi amor en que la duda
se alberga en mi cerebro,
y dudo si la historia que nos une
fué realidad ó sueño.

—
Pero, pronto la duda se disipa,
pronto la duda pasa...
¡no es posible que un sueño deje nunca
ilesa la materia y muerta el alma!

LUIS DE VAL



MALASAÑA Y SU HIJA (EPISODIO DEL 2 DE MAYO). — Cuadro de ALVAREZ DUMONT.



INTERIOR DE LA IGLESIA DE BELEN (BARCELONA)

LA BOHEME

OPERA EN CUATRO ACTOS; LIBRETO DE GIACORA É HICA, INSPIRADO EN UNA OBRA DE MURGER: MÚSICA DEL MAESTRO PUCCINI.

CUANDO una producción escénica alcanza un éxito tan franco y espontáneo como el alcanzado por *La Bohème*, en nuestro Gran Teatro, la crítica minuciosa debe soltar su escalpelo, para aplaudir libremente con toda la fuerza de sus dos manos.

Puccini es el compositor que más pruebas viene dando de conocer el público y de saberle sorprender con recursos que, si algunas veces implican falta de originalidad ó exageraciones de concepto, logra siempre hacerle sentir muy fuerte, sin obligarle á pensar muy hondo.

Esta sencillez-efectista, característica del ilustre autor de *La Bohème* y *Manon*, va en él avalorada por una deliciosa malicia, al servirse de los recursos orquestales. Merced á ellos, sus obras son, si no problemas que envuelven tesis musicales de mayor ó menor convencionalismo, conjuntos bellísimos de ondas simpáticas que impresionan y subyugan al auditorio, obligándole á seguir con interés creciente cuanto pasa tras las candilejas, sugiriéndole ya bulliciosas escenas de boulevard, ya gritos de amargura, carcajadas de desprecio ó ¡ayes! de una pasión humana y real.

Esto y mucho más logra la fresca y habilidosa música de *Puccini*.

Y precisa confesar, en razón de justicia, que la mitad, por lo menos, del éxito que obtiene en el Liceo, débese á lo armonizado y completo de la interpretación.

En la cámara obscura del cerebro de cada espectador quedará impresionado para siempre el clisé de la vida bohemia, con las figuras acertadísimas de sus intérpretes en Barcelona.

Aplausos tan nutridos y entusiastas como los que han oído la señorita *Storchio* y el señor *Bonci*, pocas veces resuenan en la sala del Liceo de Isabel II.

La *Storchio* es una soprano dramática de voz extensa y hermoso timbre, emitida á la par que con un gusto exquisito, con un estudio esmeradísimo, intencionada modulación y gran facilidad. Posee excepcionales cualidades de cantante de escuela selecta; talento privilegiado de artista de cuerpo entero, y sabe hallar en todo su papel inspiración tan verdadera y de buena ley, que engarza sus quejas de víctima con la seductora ingenuidad de la niña enamorada. Su figura delicada, su rostro expresivo y sus ademanes distinguidísimos completan por tal modo el personaje, que no fuera dable imaginar una realidad más deliciosa y afortunada.

Bonci se ha presentado á nuestro público sin reclamos de ninguna clase; y á fe que no los necesita. ¡Hay que oír su voz melodiosa é igual en todos los registros, cuando sale de su privilegiada garganta como un torrente de armonías, con la *fioriture* de un maestro en el *bel-canto* y la seguridad de una escuela sin exageraciones, llena de finezas y espontaneidad! De tarde en tarde pisan las tablas del Liceo artistas de tanta valía como el festejado tenor italiano, cuya aparición en *La Bohème* ha sido un triunfo continuo.

La señora *Barone*, que ha sabido allanarse á las bruscas transiciones de su *particella* con gran arte y lucimiento; *Buti*, el barítono de voz volu-

minosa y agradable, lucida en toda su extensión con estudioso cuidado; *Navarrini*, obligado á repetir el famoso *addio* del último acto, cada vez que lo canta, y *Puiggener*, que, escudado en sus conocimientos técnicos, luce su potente voz, contribuyen al brillante y armonioso conjunto de esta preciosa producción.



ROSINA STORCHIO Y ALESSANDRO BONCI,

EN EL DUO DEL PRIMER ACTO

Fotografía del Sr. Esplugas, hecha expofeso para el ALBUM SALÓN.

El maestro *Ferrari* la ha concertado con mucho esmero, mereciendo mención aparte su inteligente batuta.

La orquesta muy bien, y los coros discretos.

El ALBUM SALÓN une su aplauso sincero á los aplausos del público y de la prensa.

Pocas veces tendrá ocasión de hacerlo con más justicia y entusiasmo.

REDENCIÓN

ENTRÉS.

Ricardo vaciló. En el fondo de su bolsillo quedaba el último puñado de dinero; veinte ó treinta pesetas que se revolvían rabiosamente bajo sus dedos enjutos y temblorosos. ¡Oh, qué noche! Primero un billete, luego tres, cinco, todos habían ido cayendo desde la cartera al tapete; siendo allí arrastrados por la implacable raqueta del banquero.

—Entrés,—repitió éste, paseando una mirada serena por aquel círculo de carne que le estrujaba.

Cien manos convulsas se extendieron hacia el tapete, abandonando el tributo de confianza que el seis contra el dos exigía. Y Ricardo, contagiado por la fiebre general, murmuró con voz ronca:

—¡Juego!

Cayeron sobre el descolorido paño las últimas monedas, á las que el joven comunicara el fuego de su calentura, y el banquero comenzó á tirar, calmoso é indiferente. Cada carta, arrastrada hacia abajo con suave movimiento, era para Ricardo algo así como el velo del porvenir, descorrido por la mano del diablo.

Saltó el entrés; y... como si algún genio maléfico tuviese empeño en prolongar la ansiedad de los jugadores, caían sobre el terso paño reyes, cincos, ases, caballos; todo, menos un seis en contra del doble dos.

Aquellos corazones, encadenados por el vicio y movidos por igual apetito, latían al mismo compás. Nadie hablaba, nadie tosía. Hubiérase advertido el roer de una carcoma.

El banquero, siempre estoico, suspendió su tarea, para quitarse de la boca un enorme puro, que dejó después con irritante lentitud sobre una moneda de plata. Los ju-



MARINA. — DIBUJO DE RICARDO MARTÍ

gadores clavaron en aquel hombre una mirada indefinible, mezcla de odio y de angustia.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y clavándose despiadadamente las uñas en la carne, Ricardo, inmóvil como un sugestionado, esperaba la resolución del azar. La idea de la deshonra, del escándalo inevitable y próximo, hirió como un puñal su turbado pensamiento; por un efecto de aterradora reflexión, rápido como el relámpago que aturde y ciega, apareció á sus ojos la inmensidad de su desdicha; entre el torbellino de su cerebro surgió el recuerdo de la fábrica, de aquel vetusto edificio levantado por el ahorro y la constancia de unos padres virtuosos. Los talleres, regocijados antes con el estruendo del trabajo y esfumados por el humo de los hornillos, presentáronse á sus ojos, en medio de un silencio de tumba. Arriba, sobre las anchas naves, ergúase la ennegrecida chimenea, con cierta expresión amenazadora, como furiosa por no sentir ni el calor de las calderas, allá abajo, ni las rápidas caricias del humo, en su robusto remate. Las arañas habían colgado sus polvorientos pabellones en las juntas de las ventanas, y en las cerradas puertas campeaba el rojo sello del juzgado. Los obreros, faltos de trabajo, miraban aquellas paredes con algo de veneración; maldiciendo con rabia el nombre de Ricardo, del señorito calavera que privaba de pan á tantas familias.

—¡Juego!—repitió el banquero.

Cayó una carta... y un rugido feroz se escapó de todos los pechos, á los que entraba el aire envenenado con blasfemias. Ricardo, como un autómatas, salió tambaleando, bajó unos escalones y, después de cruzar un vestíbulo escasamente alumbrado, llegó á la calle.

¡Arruinado!... El aire, que cortaba como un cuchillo, fué caricia dulce, consoladora, para aquel cuerpo abrasado por la fiebre del vicio. Ricardo sintió que algo muy grande se le derrumbaba allá dentro, en su corazón. La calle, desierta y silenciosa, parecía la de una necrópolis...

Ricardo andaba poco á poco, con esfuerzos de parálitico y vacilaciones de borracho. De pronto, se detuvo. ¿Dónde llevaba el revólver? ¡Ira de Dios! ¡Se había de-

jado el gabán en el casino! Y en el gabán, en un bolsillo interior, estaba el arma, la curandera de la locura, la solución suprema para el desesperado. ¡Al casino!

Una mano invisible agarró entonces los pantalones de Ricardo, y una vocecilla débil y angustiosa murmuró en las sombras:

— ¡Señorito, una limosna para mi madre!

Clavó el mozo su febril mirada en la afligida criatura.

¡Pobrecillo! Estaba temblando. — ¿Qué? ¿Una limosna?

Ricardo la buscó en su cartera. ¡Nada! Todo había sido para el vicio, para el frenesí. La ola de la fatalidad había barrido su cerebro y sus bolsillos. ¡Ni calma para el infortunio ni dinero para la caridad!

—Mi madre está muy enferma. No tengo padre. ¡Señorito, por Dios!

Tuvo aquel acento algo indefinible, algo hermoso; aquella voz pareció bajar del cielo. Ricardo suspiró, como el hombre á quien quitan una mordaza, y cogiendo con su mano aristocrática la manecita fría del ángel abandonado, exclamó:

— Ven, querido.

Llegaron al casino, agitado el señorito y asombrado el pordiosero. Arriba, en el pasillo, pendiente de dorada escarpia, estaba el gabán. Ricardo sacó de sus bolsillos algo cuya vista espantó al muchacho, y dijo:

— Espérame.

El niño quedó solo. Sintió miedo; el señorito debía estar loco. Asustaba mirarle. ¿Esperar? ¿Para qué? ¿Para temblar otra vez ante aquel revólver brillante y pequeño?

Alzóse un portier y apareció el señorito. ¡Vaya un cambio! Salía sonriente, gozoso, con un puñado de dinero...

— Toma; para ti, querido. ¿Ves? Plata, todo plata. Para ti, para tu madre. Dadle caldo. ¡Toma, toma!...

Y cuando el pasmado niño desapareció en la curva de la escalera, Ricardo apoyó sobre el muro la abrasada frente y lloró de alegría, de alegría santa, inefable, que le refrescaba el alma, que lo redimía, y que no pudo turbar el ronco rugido de Lucifer, encerrado detrás de aquellos cortinajes verdes...

V. SERRANO CLAVERO

A LA PATRIA

Panal de mieles, vergel de flores,
nido de alondras y ruiseñores,
clásica cuna de la hidalguía...;
esta es la reina de mis amores,
esta es España, la Patria mía.

Esta es la tierra
donde se encierra
para mi alma mayor encanto;
la que ha inspirado mis sueños de oro,
la que he regado con triste llanto,
la que yo adoro,
¡la que yo canto!

¡Vaya si es rica! ¡vaya si es bella!
Dios, que habitarla sin duda quiso,
derramó en ella
las galas todas del Paraíso.

Aquí, las brisas son más suaves,
con más ternura trinan las aves,
hasta en las breñas nacen jardines...;
y así en el llano como en la sierra,
todo en mi tierra
trasciende á nardos, huele á jazmines.

Tiene este suelo, fértil y noble,
prados que rinden cosecha doble,
vegas... perdidas
en lontananza,
nunca desnudas, siempre vestidas
de verde y oro, cual la esperanza;
frondosos bosques, ya seculares,
que desde el valle llevan al cerro
sus misteriosos, vagos cantares;
para encerrarse, montes de hierro,
para extenderse, tres anchos mares.

Sobre él la aurora vierte galana
líquidas perlas cada mañana,
el sol le envía, desde la altura,
su luz más pura;
es el emporio de los placeres,
y hay en los ojos de sus mujeres
tanta dulzura...
que los amores, con vivo anhelo,
la dicha liban en su regazo:
de cielo tiene sólo un pedazo;
pero... ¡qué cielo!

De las virtudes busca el arrullo,
honra las artes con noble orgullo,
por el trabajo, prospera y vive,
sobre su escudo la fama escribe
«valor, nobleza»;
y para colmo de tal grandeza...
en esta España, que siempre ha sido
de fe sagrario, de honor ejemplo,
tiene el cristiano su mejor templo.

Por eso rindo tributo santo
el pobre nido
donde he nacido.
Por eso, ¡oh Patria! te admiro tanto,
tanto te quiero... ¡y así te canto!

De tus pasadas glorias do quier veo las huellas;
entre las densas sombras, despiden todas ellas,
inextinguibles focos de refulgente luz,
como en el firmamento fulguran las estrellas
cuando la noche extiende su lóbrego capuz.

Reflejos son de un tiempo en que iban tus pendones
dejando en pos el yugo de tu poder feudal;
y en que eran solamente los pueblos y naciones
botín de tus conquistas, de tu dosel florones,
brillantes engarzados en tu corona real.

De un tiempo en que tus hijos dejaban sus hogares,
hinchidos de entusiasmo, de tu clarín al son,
y las hirvientes olas surcaban de los mares
para imponer tus leyes y levantar altares,
allí donde no había ni ley ni religión.



RECIENTOS NACIDOS. — DIBUJO DE RICARDO MARTÍ.

No hallaron tus legiones jamás diques ni vallas;
rendíanse á su paso fronteras y murallas,
convictas de que al cabo habrían de caer;
los triunfos, las victorias contaste por batallas;
para tus huestes bravas, luchar era vencer.

Ejemplo de constancia, con brío portentoso,
llevando por enseña la Cruz de redención,
lidiaste siete siglos, sin tregua ni reposo,
hasta cerrar las puertas al árabe orgulloso
que en un nefasto día abrióle la traición.

Dechado de heroísmo y de altivez modelo,
domaste de la Francia la altanería audaz;
cuando era de sus águilas más firme y raudo el vuelo,
las garras de tus leones llegaron hasta el cielo
para rasgar las alas de su ambición voraz.

A impulso del encono que contra tí alimenta,
el moro de Marruecos tu dignidad holló;
¡jamás á tanto osara! si grande fué la afrenta,
fué en cambio la venganza tan ruda, tan sangrienta
que conmovióse Europa y el Africa tembló.

Al fin, de tanta gloria cargada con el peso,
dejaste que la Historia la pregonara fiel;

y, de la paz ansiando el lánguido embeleso,
dichosa te entregaste en brazos del progreso
que eleva á las naciones y marca su nivel.

A donde ayer llegaron tus armas vencedoras,
hoy llegan los preciados productos que elaboras
y el fruto que á la tierra arranca tu sudor;
tu crédito y las múltiples riquezas que atesoras,
en las modernas lides, son el botín mejor.

Mas ¡ay, mi Patria amada! la caprichosa suerte,
para probar sin duda tu fuerza ó tu virtud,
su protección constante en esquivar convierte,
y arroja en tu camino, feliz y rica al verte,
de la cubana antilla la negra ingratitud.

El pueblo en quien se encarna tu empresa más gloriosa,
el que tu augusto nombre debiera bendecir,
aquel á quien del caos sacaste... ó de la fosa,
reniega de la madre amante y bondadosa
que le acogió en su seno y le enseñó á vivir.

Soberbio en su impotencia, violento en su coraje,
á rechazar se atreve tu amparo bienhechor;
sin ver que redimiste su condición salvaje,
que alienta con tu sangre y que habla en tu lenguaje,
romper quiere el ingrato los lazos de tu amor.

La guerra está empeñada, feroz llena de horrores;
á un lado la hidalgüía, al otro la doblez;
llevaste allí tus héroes y diste con traidores,
cobardes mercenarios ó viles salteadores:
con fieras, no con hombres, combates esta vez.

No importa; ante el peligro se crecen tus alientos;
no importa; entre las fieras el rey es el león:
ya el tuyo sus rugidos ¡oh, Patria! da á los vientos...,
y el antillano suelo vacila en sus cimientos,
y más en él se clava tu invicto pabellón.

Quizá, si bien lo miras, tus hijos sediciosos
son víctimas que al fuego arroja la ruindad;
quizá les expolean, con fines codiciosos,
mezquinos adversarios... ó amigos poderosos
que ocultan en la sombra su inicua deslealtad.

Tampoco importa; vengan, combatan cara á cara
y no con sangre ajena, con honra y no baldón;
que vengan, de la tuya jamás has sido avara:
si Dios no te abandona y la razón te ampara,
para luchar con todos te sobra corazón.

Y si venir no quieren á sostener su proeza,
los Cides que aun te quedan á escarnecerla irán:
irán, para probarles tu orgullo y tu fiereza;
irán, para mostrarles, erguida la cabeza,
las aguas de Lepanto, los muros de Tetuán.

Irán, para decirles que ni una mancha sola
empaña tu decoro, tan limpio como el sol;
que todo en nuestra tierra ante el honor se inmola:
¡que, pese al mundo entero, será Cuba española
en tanto que en España aliente un español!

SALVADOR CARRERA

LOS NUEVOS CRISTOS

ABRIL, el mes de las hermosas magnificencias, ha pasado, con sus brotes florecientes, su luz inmaculada, sus cantos impregnados de bulliciosa alegría; y al ser impelido al abismo por la varágene del tiempo, ha pasado con él, una vez más, la Semana Santa, con su solemnidad augusta, sus grandezas fúnebres, sus esplendores tristes.

Por las anchas y tendidas calles hemos visto deslizarse las procesiones, henchidas de majestad conmovedora; hemos sufrido la visión del drama del Calvario, ante el Cristo coronado de espinas; hemos sentido el pinchazo del dolor acerbo, ante la atribuladísima Soledad; hemos penetrado, con los ojos del alma, en aquella luctuosa tarde en que los divinos labios del Redentor pronunciaron el *consummatum est*; y hemos, moralmente, paladeado el gusto acre del remordimiento, al ver el cuerpo del Hombre-Dios en el sepulcro.

Igual que otros años, para nosotros, ha sido el imponente espectáculo. Las mismas procesiones y las mismas imágenes han desfilado otros años delante de nosotros. El mismo Cristo ha paseado ante nuestros ojos su trágica figura, soberbia de humildad, dolor y tristeza. Pero este año, el Cristo que sufre con los dolores del hombre, ha debido sentir un dolor más al ver, entre la multitud prosternada á sus plantas, otros nuevos Cristos.

Sí; otros nuevos Cristos, Cristos humanos, mas Cristos al fin, que han padecido diferente martirio; pero que también han sido sacrificados bajo la cuchilla infame de los odios viles y de las traiciones arteras; Cristos que vinieron de muy lejos, de allá donde el pantano despide emanaciones mortales, donde el resplandor lunar es nocivo y donde el sol se desploma, como lluvia de metal hirviendo; Cristos que abandonaron padres, hijos, esposas, la casa que les vió nacer, el pedazo de tierra que les sustentaba, todos los afectos más caros del corazón y todas las idolatrías más ardientes del espíritu, para defender el honor de la bandera de la patria, de su patria... abofeteada, insultada y escarnecida; Cristos que, devorando sus lágrimas, pálidos hasta la lividez y sonrientes como niños contentos, besaron á los seres queridos y cruzaron el mar, locos de alegría, entonando canciones patrióticas; Cristos de almas templadas como el acero, que lucharon diez contra mil y realizaron proezas homéricas, dignas de ser cantadas por Tirteo y representadas en bronce por Fidias; Cristos que subieron la dura vertiente de su Calvario, sin cansancios inermes ni desfallecimientos torpes; Cristos que aguantaron su pasión cruenta con el valor estoico propio tan sólo de este pueblo de leones que destroza á los tigres; Cristos que tragaron sin hacer un gesto, durante años enteros, el vinagre y la hiel de las torturas más fieras y las privaciones más angustiosas; Cristos que al caer acibillados en el combate sufrían sus espantosas mutilaciones con un cigarrillo entre los dientes; Cristos que volvieron á la patria inútiles ó enfermos, anémicos ó tísicos, inservibles unos para el trabajo, incurables otros.

¡Ah, sí! Yo he visto, mientras pasaba la grandiosa procesión del Viernes Santo, á tres de esos héroes anónimos confundidos entre la gente... que les miraba compadecida y les socorría con largueza. Uno de ellos mostraba en vez de brazos dos muñones horribles; otro, con una pierna cortada por el mismo nacimiento del muslo y el rostro ferozmente desfigurado por una cuchillada; y el último, con una cara de muer-



MTRO. JOSÉ RIBERA MIRÓ.

to que causaba frío. Aquellos nuevos Cristos, hambrientos y haraposos, colocados en hilera, estaban en silencio y tenían la gorra en la mano extendida hacia adelante; la gorrilla de cuartel donde la patria, que se agolpaba junto á ellos, depositaba generosa monedas de cobre chicas y grandes, entre las que de cuando en cuando brillaba alguna de plata.

En este momento pasaba la imagen de Cristo en la cruz. Y me pareció que sus ojos vítrios se fijaban en el grupo desarrapado y glorioso que formaban los dos inválidos y el enfermo... y creí ver deslizarse dos lágrimas por el demacrado rostro de Jesús, mientras sus brazos se alargaban extendiéndose piadosos sobre los nuevos Cristos... y oí una voz celestial que, viniendo de lo alto, exclamaba: *Bienaventurados los que lloran*, á la vez que la muchedumbre, con la rodilla en tierra y la mirada en Dios, decía por lo bajo: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

PEDRO BARRANTES



Como habrán observado nuestros lectores, las páginas en negro difieren algo del sumario anunciado en el número anterior, pues hemos tenido que suprimir un grabado y un artículo, para dar cabida á dos notas de actualidad: la revista de *La Bohème* y la poesía *A la Patria*.

Por causa de sus dimensiones, damos fraccionada la hermosa *Ave María* del Maestro Ribera, escrita exprofeso para que la publicáramos en este mes, consagrado á la Virgen; de suerte que concluirá en el próximo número, cuyo sumario es el siguiente:

CUBIERTA EN COLOR, de Román Ribera.

Su Excelencia «El Caballo», caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Los marqueses de Mariana*. Retratos.

En la pelouse

La hora del regreso

Cuadros de Josefina Juliá Vilar.

Una sportman. Cuadro de J. Cusachs.

PÁGINAS EN NEGRO: *La letra de Regato*. Artículo de Federico Urrecha, ilustrado por Cuchy.

La República Argentina estudiada á grandes rasgos, II. Artículo de Antonio Astort.

Don Joaquín Coll y Regás. Retrato y artículo.

Carreras de caballos. Artículo, ilustrado por Passos.

La obsesión. Artículo de Marcos Jesús Bertrán.

La vela del diablo. Artículo de F. Luis Obiols.

MOSAICO.

REGALO: Conclusión del *Ave María* del Mtro. Ribera, empezada en el presente número.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.